

## ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús, Tú dijiste a los tuyos: “Recibid el Espíritu Santo”. Tu mayor anhelo es darnoslo; entregaste tu vida en la cruz para entregarnos tu Espíritu: abre nuestros corazones para recibirlo como aliento y gozo en el corazón, y fortaleza para la vida; y así podamos transformar este mundo en un mundo según tu corazón.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

## TEXTO

### LUCAS 14,1-14

«<sup>14</sup>Y sucedió que, al ir **él** a casa de **uno de los jefes de los fariseos** para comer un sábado, estos estaban vigilándole.

<sup>2</sup>Y he aquí que había frente a **él un hombre hidrópico**.

<sup>3</sup>Y, respondiendo, **Jesús** dijo a **los legistas y fariseos**: “¿Está permitido, en sábado, curar o no?”. <sup>4</sup>Pero ellos callaron.

Y, habiéndolo tomado, **lo curó y lo libró**.

<sup>5</sup>Y les dijo: “¿Quién de vosotros, si un hijo o un buey cae en un pozo, no lo saca inmediatamente en día del sábado?”.

<sup>6</sup>Y no tuvieron fuerza para replicar a eso.

<sup>7</sup>Pero decía a **los invitados** una parábola, observando cómo escogían los primeros puestos, diciéndoles: <sup>8</sup>“Cuando seas invitado por alguien a una boda, no te instales en el primer puesto, no sea que otro, más distinguido que tú, haya sido invitado por él <sup>9</sup>y, viniendo el que os había invitado a ti y a él, te diga: ‘Dale tu puesto’; y entonces comenzará tu vergüenza al tomar el último puesto.”

<sup>10</sup>Pero, cuando seas invitado, ve a ponerte en el último puesto, para que, cuando venga el que te ha invitado, te diga: ‘¡Amigo, sube más arriba!’. Entonces, habrá gloria para ti en presencia de todos los que estén sentados a la mesa contigo.

<sup>11</sup>Porque **todo el que se eleve** a sí mismo **será rebajado**, y **todo el que se rebaje** a sí mismo **será elevado**”.

<sup>12</sup>Pero decía también al que le había invitado: “Cuando hagas un almuerzo o una cena, no lames a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a los vecinos ricos, no sea que ellos también te inviten a su vez y esté allí tu recompensa.

<sup>13</sup>Pero cuando hagas un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos. <sup>14</sup>Y serás bienaventurado, porque no tienen para darte a cambio. Porque te será dado a cambio en la resurrección de los justos”».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (14,1-14)

- En vez de huir como le habían sugerido (13,31), Jesús acepta una invitación para comer. El evangelista subraya que las amenazas no intimidan en lo más mínimo al Maestro. Como de ordinario, el evangelista utiliza al comienzo del episodio su expresión favorita «y sucedió que...». ¿Qué sucedió? En primer lugar, que vigilaban a Jesús sus adversarios; y luego (v. 2), que estaba presente un hidrópico. La expresión «uno de los jefes de los fariseos» es sorprendente, ya que los fariseos no estaban organizados jerárquicamente. Se trata, bien de un fariseo eminente, de una autoridad moral en su partido, o bien de un magistrado judío de tendencia farisea, juez, jefe de la sinagoga o miembro de un sanedrín local. Lucas sitúa por una sola vez a Jesús entre la gente notable. La palabra importante es evidentemente «un sábado». Es corriente que se celebren comidas solemnes y que se invite a ellas a un personaje de paso.

- El v. 2 introduce al personaje cuya presencia va a desencadenar la acción. El «y he aquí» es típicamente lucano y recuerda la manera con que el evangelista introdujo al anciano Simeón (2,25), al endemoniado (4,33), al leproso (5,12) o al hombre de la mano seca (6,6). «Frente a él» es bastante solemne; es una manera de decir que Jesús tendrá que decidirse. Puesto en una situación súbitamente tensa, rechazará al enfermo negándose a intervenir o actuará de forma soberana, tal como lo había hecho en favor del paralítico, colocado también «frente a Jesús», «delante de Jesús» en 5,19. En ese caso, se negaría a descansar el día del sábado. ¿No es eso lo que los fariseos dan por descontado?

El adjetivo «hidrópico» pertenece al vocabulario de la medicina antigua. Para los antiguos la hidropesía es una afección que se manifiesta en hinchazones, especialmente del vientre. Consecuencia inevitable de diversos males, resulta peligrosa. Si se hace crónica, debilita el corazón y puede conducir a una muerte repentina. Los médicos griegos buscaban la causa de este mal en diversos excesos, particularmente de bebida, y diversas imprudencias. También el judaísmo conoce la hidropesía y la sitúa en su sistema interpretativo religioso y moral. Esta enfermedad es una maldición, consecuencia de un pecado. El libro de los Números opina que la mujer adúltera cae en esa enfermedad (Nm 5,21-22) y el salmista desea ese castigo para su enemigo (Sal 108[109],18). La medicina judía conocía ciertas punciones para aliviar a los hidróticos, pero según la legislación vigente esas prácticas no se podían llevar a cabo en días de sábado. Lucas está marcado por esta concepción griega y por estas creencias judías.

- V. 3: Lucas describe la intervención de Jesús como una réplica («respondiendo»). Responde no a las palabras, sino a las actitudes. La pareja «legistas (doctores de la ley) y fariseos» constituye la quintaesencia de la oposición judía al nuevo mensaje de Jesús en Galilea y durante el viaje a Jerusalén. Jesús se enfrenta con estos adversarios y les opone su interpretación de los mandamientos y de la voluntad de Dios. En Jerusalén pasará a otro terreno de operaciones, el templo, y se encontrará con otros adversarios, los sumos sacerdotes y los ancianos, además de los escribas de la capital. La confrontación recaerá igualmente sobre otros temas distintos de la interpretación de la Ley.

¿Qué está permitido hacer en día de sábado? Esa es la pregunta que se plantea todo el que quiera obedecer la ley. Es incluso tan legítima que la tradición sinóptica la sitúa unas veces en labios de Jesús (como aquí y en Mc 3,4), y otras en los de sus interlocutores (Mt 12,10). Se plantea naturalmente, ya que el día del sábado no es en la Escritura ni en el pensamiento judío un día en que no se haga nada. Al contrario, el texto mismo de Gn 2,2 afirma que Dios acabó su creación el séptimo día. El sábado es, a los ojos de los exegetas judíos, un día en que se crean unas obras a imagen de las de Dios, un día de actividad religiosa, de afecto familiar, de encuentro entre amigos y de conversaciones espirituales.

La pregunta de Jesús no es general, sino que tiene cierta orientación: «¿Está permitido el sábado curar o no?». Lo mismo que se enfrentan Jesús y sus adversarios, también se presentan dos respuestas contradictorias: si se considera el curar como un trabajo profano, entonces queda prohibida toda curación; si se le considera como una tarea espiritual, como una verdadera obediencia, y hasta como una obra mesiánica, la respuesta no puede ser más que positiva.

- V. 4: «Pero ellos se quedaron callados». Los adversarios no saben qué responder. Aquí, añadiendo la inmovilidad al silencio, se quedan mudos. Se sienten perplejos sobre el sentido que hay que dar a las palabras de Jesús. Prudentes, saben que son los abogados de la ley, pero tienen miedo de defenderla. Avergonzados finalmente al sentirse impotentes y criticados en su propio terreno. Y se quedan mudos, cuando les correspondía dar la buena interpretación de la ley. Y se quedan bloqueados, cuando era preciso obedecer a la voluntad salvífica de Dios.

Pues bien, para Jesús, la voluntad de Dios impone que se haga el bien durante el sábado y prohíbe dejar para mañana lo que, desde otro punto de vista, pudiera aguardar un poco más.

Hay tres verbos que describen la intervención de Jesús: «tomar», es decir, extender la mano para ayudar o ser ayudado; un verbo que el NT utiliza para describir la ayuda o la salvación que Dios trae a su pueblo, o Jesús a algún desvalido, para protegerle, sostenerle y evitar que caiga en el abismo de la muerte. Segundo verbo: «curar». Los cuidados que el Mesías presta producen la curación. En el evangelio de Lucas, se presenta a Jesús no solo como al profeta y al rey mesiánico, sino también como al bienhechor y médico de los «últimos tiempos» (cf. 4,23; 4,33-40; 5,31; 6,18; Hch 10,38). En él habita y de su persona irradia una fuerza de curación (5,17 y 8,46). Este poder taumatúrgico y terapéutico no tiene nada que ver con la medicina, sino con el parentesco que vincula a Jesús, el Hijo, con Dios, su Padre (cf. 10,22). Corresponde al poder creador y regenerador de Dios; más aún, es el mismo

poder del Padre confiado al Hijo por delegación. Y, como se indicó en 10,19, la delegación prosigue en el tiempo de la Iglesia, entre los discípulos de Jesús (cf. las curaciones milagrosas realizadas por los apóstoles en el libro de los Hechos, por ejemplo, Hch 9,34-43 y 20,7-12). Tercer verbo, el más difícil de comprender: «desatar», «desligar», «despedir». Aquí significa en primer lugar «despedir», «remitir». El caso está solucionado; el incidente ha quedado resuelto. El enfermo, fuera de sitio en un banquete, puede volver a su casa. Jesús lo ha curado y todo vuelve a estar en orden. El hombre curado queda entonces liberado por Jesús. Con el permiso de Cristo, marcha liberado de toda dependencia (enfermedad, demonio, Satán, cf. 13,16). El gesto del maestro parece duro, pero es sobre todo generoso, ya que trata a la persona curada como adulto y como hombre libre, tal como lo había hecho con el endemoniado curado de 8,38-39, devuelto a su casa y cargado de una responsabilidad misionera.

- V. 5: He aquí la sentencia arcaica que tuvo que pronunciar el mismo Jesús histórico. El razonamiento de Jesús, tal como lo resume el evangelista, es el siguiente: vosotros, los fariseos, creéis que Dios autoriza que se ayude a un ser en peligro de muerte, bien sea una persona o bien un animal, el día del sábado. Mi interpretación no se distingue de la vuestra y mi actitud coincide con la vuestra, porque creo que en ese día de sábado hay una urgencia y un peligro de muerte. En este último diagnóstico es en donde nuestras opiniones son divergentes. Yo mantengo, sin embargo, mi opinión.

Si Lucas se contenta con este recuerdo, Mateo pone en labios de Jesús la lección que autoriza su evocación: «Pues bien, ¡cuánto más importante es el hombre que el animal!» (Mt 12,12). A pesar de sus divergencias, Mateo y Lucas defienden la misma interpretación de la ley y la misma práctica cristiana liberal.

- V. 6: Si la palabra de Jesús, a pesar de su energía, no doblega a sus adversarios, reduce sin embargo su voluntad a la impotencia: «no encontraron la fuerza». Esta expresión es más vigorosa que la mención del silencio en el v. 4. No saben qué replicar: los adversarios de Jesús se han visto superados y no pueden ya contradecir ni superar con sus palabras las sentencias de Jesús.

## SEGUNDA UNIDAD (14,7-14)

- V. 7: Jesús se dirige a los invitados. Les dirige una «parábola». La palabra griega, que traduce el hebreo *mashal*, expresa una realidad más vaga que nuestra palabra «parábola». Puede designar un proverbio, un enigma, una parábola o una alegoría, en resumen, cualquier discurso que invite *al sentido figurado*.

La ocasión de expresarse se la brinda a Jesús la actitud poco ejemplar de los invitados: «escogían para ellos» (el imperfecto subraya la duración de la maniobra). Jesús presta atención no slo al hecho, sino también y sobre todo al modo («cómo»). El desarrollo de un banquete tenía sus reglas. Lo mismo que nosotros comenzamos con un aperitivo, el anfitrión podía servir un vaso de vino y algunos entremeses en una habitación contigua al comedor. En aquel instante, cada uno pronunciaba para sí una bendición (no había todavía comunidad de mesa). Quizás fue durante aquel «aperitivo» cuando tuvo lugar la curación del hidrópico. Una vez llegados todos los invitados, se pasaba a ocupar un sitio en el comedor. Los judíos consumían sus comidas ordinarias sentados, pero comían recostados si se trataba de un banquete con invitados o de una fiesta, con mayor solemnidad, siguiendo la costumbre de los griegos y de los romanos. Los invitados se reclinaban sobre el lado izquierdo, acostados en divanes con cojines y dispuestos a los tres lados de una mesa baja. La mano derecha se quedaba así libre para comer. Como en aquel momento había comunidad de mesa, el dueño de la casa comenzaba la comida con una bendición sobre el pan en voz alta, en nombre de todos. Pronunciaba además una bendición sobre la copa al final de la comida. Al comienzo, en medio y al final de la comida, un sirviente traía agua para que se lavaran las manos. Nuestro texto supone cierto margen de libertad en la elección de los puestos. Otros textos sugieren que el dueño de la cada colocaba personalmente a sus principales huéspedes en los sitios de honor (cf. Mt 20,21).

- Vv. 8-10: Lucas piensa en un festín de bodas. Como en aquella época la gente se tomaba ya en serio su dignidad, algunos huéspedes importantes procuraban no llegar los primeros. Tal es el caso que aquí consideramos. Si a nadie le agrada tener que ceder su sitio a otro, verse obligado a ello resulta humillante. La «verguenza» que aquí se señala encierra un aspecto subjetivo (el incidente me humilla) y un aspecto objetivo (los otros se ríen de mí). Como se verá (vv. 21-23), si los notables se preocupan de su rango, los miserables -y tienen razón- se alegran simplemente de tener un sitio, sin preocuparse de la honra. Cuando vino Cristo al mundo, no había lugar para él

(2,7). Pero vino de todas formas y se instaló entre los pobres. De allí es desde donde pudo desarrollarse su elevación. Es bueno para los humanos estar a su lado, debajo, en el último lugar.

Lucas, siguiendo a Jesús, propone un orden ético de la libertad. Según este orden, cada uno, responsable de su vida, se siente invitado a no considerarse como superior a los demás y a ocupar un puesto en el último lugar, o al menos en su lugar debido. Lo mismo que la gloria (la misma palabra que en el v. 10) del Cristo joánico irradia en la elevación infamante en una cruz, que es el suplicio más humillante (Jn 17,5.24), también aquí el creyente, en las bodas profanas como en las bodas sagradas, se instala en el último lugar. Así se cumplirá la marcha de la humildad a la gloria, la ascensión («sube más arriba», v. 10), propuesta a quien recibe el hermoso nombre de «amigo».

El Dios de la Escritura nos invita a la felicidad. No se opone a nuestro éxito final, a nuestro triunfo. Simplemente, propone una felicidad que no se consigue a costa de los demás y ofrece un camino que pasa por el rebajamiento y el servicio. Para seguir los consejos de ese Dios y las consignas de su Mesías, se necesita por lo demás una buena dosis de fe. Sin esta confianza en el porvenir del reino, la humildad y el don de sí mismo parecerían desde luego estúpidos.

- V. 11: Lo que expresa la conclusión del discurso no es nuevo: pertenece a una de las tradiciones bíblicas mejor ancladas en la conciencia hebrea. Por un lado, el orgullo del que se eleva (pensemos en el faraón de Ez 31), se ve finalmente abatido (contra su gusto). Por otro, la humildad de aquel o de aquella que, de buena gana, escoge el lugar más humilde (pensemos en el siervo sufriente, Is 52,13-53,12) y que recibe en definitiva con gozo un lugar de honor.

«¡Que se levante lo que está abajo! ¡Que se rebaje lo que está elevado!», profetizaba ya Ezequiel a propósito del rey Sedecías (Ez 21,31). La ética y la doctrina se conjugan en nuestro v. 11, que es al mismo tiempo un oráculo profético y una constatación sapiencial. Las grandes tradiciones bíblicas coinciden en el ministerio, el mensaje y la existencia de Jesús de Nazaret.

- Vv. 12-13: Lucas introduce el segundo discurso sin más explicaciones. Los judíos de entonces no tomaban durante la semana más que dos comidas al día, una por la mañana y otra por la tarde. El día de sábado, añadían una comida al mediodía, que tomaban al salir del oficio sinagoga; quizás fue a esa comida a la que fue invitado Jesús (14,1). El mensaje de Jesús es claro y chocante. Desconcierta los hábitos sociales. ¿Hay algo más legítimo y natural que amar a los que nos aman (cf. 6,32-35), invitar a los que nos invitan, tratar con los parientes, amigos y vecinos? El Jesús de Lucas quiere abrirnos a los demás y renovar nuestra mirada sobre cada uno de ellos (cf. 8,19-21). Nos invita a la verdadera generosidad. Porque solo un festín ofrecido a un invitado que no esté en disposición de pagárnoslo con la misma moneda tendrá el sabor de una obra buena y gratuita. Al invitar a los parientes o a los amigos, uno se priva de la recompensa celestial. Lo único que cabe esperar sería la recompensa terrena, es decir, que el otro nos invite.

En el v. 26, Jesús irá más lejos todavía y animará a los discípulos a dejar a los seres más queridos para comprometerse en serio por el evangelio. Este compromiso nos ayuda a comprender el sentido de nuestros vv. 12-13. De forma paradójica, el evangelio señala un orden de prioridad: la fiesta con los desamparados y desfavorecidos prevalece sobre las relaciones familiares y los convencionalismos sociales. Esta verdadera caridad no se expresa en términos de limosna, sino de fiesta (v. 13). Los discípulos de Jesús considerarán entonces a los excluidos y a los marginados como parientes y amigos. Así se podrán establecerse entre todos relaciones más humanas.

¡El festín que «tú» organizas! El «tú» afecta, en tiempos de Lucas, al creyente bien acomodado en el plano social y al responsable de la comunidad en el plano eclesial. La lista de los desdichados recuerda a los destinatarios del evangelio, de los que se encarga Jesús para realizar lo que había dicho Is 61,1-2 y a los que destina sus bienaventuranzas. Al enviar a su Hijo, Dios se dispone a imponer su reino, que será el restablecimiento del orden que él ha querido y de la paz que él ha propuesto en su alianza. Paz y felicidad para los pobres, los lisiados, los cojos, los ciegos, testigos de la humanidad por regenerar. Esta buena nueva de la acogida de los excluidos y de la curación de los enfermos se ha verificado en las comidas que celebró Jesús, en las curaciones que practicó de parálisis y de ciegos, y en las sentencias desconcertantes que pronunció. Jesús, hombre libre, quiso obrar así. Sus discípulos, los cristianos, caminarán tras él e intentarán hacer que vibre este mensaje en su existencia social y en sus comunidades eclesiales.

- V. 14: Una bienaventuranza que sirve de contrapeso a otra bienaventuranza (v. 15). Una bienaventuranza que interpela a la segunda persona, como la serie del sermón en la llanura (6,20-23); aquí en singular, allí en plural. Una bienaventuranza que juega con el contraste y la redundancia. Contraste entre la felicidad prometida («y serás dichoso») y la decepción presente («no tienen nada que ofrecerte en cambio»). Redundancia en la adecuación de la felicidad prometida («y serás dichoso») y de la retribución anunciada («Esto, en efecto, te será ofrecido en cambio cuando la resurrección de los justos»).

Para comprender esta bienaventuranza, conviene fijarse en las indicaciones de tiempos: domina la oposición entre los dos eones o edades: no habrá retribución en el tiempo presente, sino recompensa en la resurrección de los justos. Hay que comprender bien el futuro «serás». No se trata de un futuro escatológico, sino del periodo que habrá de seguir al banquete de los pobres. Desde que hayas invitado a los excluidos y a los inválidos, serás dichoso: ya en este tiempo, que es el vestíbulo de un reino que habrás anticipado en tu comida ofrecida a los marginados. Por tanto, dichosos serán los cristianos, en este tiempo, cuando practiquen la ética del reino.

Como es sabido, el judaísmo había desarrollado en tiempos de Jesús una fuerte creencia en la resurrección, pero no había armonizado todavía las diversas representaciones que de ella se hacían. Lucas es el testigo de estas diferencias, que no consiguió conciliar, como tampoco lo había conseguido el judaísmo de su tiempo: aquí la resurrección de los justos, y allí, en Hch 24,15, la resurrección de los justos y de los injustos, formulación muy similar, pero concepción divergente. Si se quiere comprender la expresión «resurrección de los justos», conviene leer en el evangelio lo relativo a los creyentes que hayan perseverado hasta el fin: será grande su recompensa y se convertirán en hijos del Altísimo (6,35); serán defendidos por el Hijo del hombre (12,8); habrá para ellos una liberación definitiva (21,28).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?